
LA TAREA BOTÁNICA
DE ROUSSEAU COMO
EXPRESIÓN ANTICIPADORA
DE UNA MORAL ECOLÓGICA*

FERNANDO CALDERÓN QUINDÓS

ABSTRACT. Rousseau had many interests and concerns. Botany was one of them. Born as a hobby after his major works had already been published, his work on botany transcends the purely scientific to turn into an early expression of ecological moral values. This new morality is founded on beauty, and it is man's duty to protect such beauty. Rousseau is far from thinking, however, that such demand means abandoning its careful study nor taking any action towards nature. On the contrary, natural beauty requires an active participation. This is one of the messages Rousseau elegantly sends through his illuminating botanical work.

KEY WORDS. Botany, conservation, aesthetics, moral, beauty, nature, garden, ecology.

I. INTRODUCCIÓN

Rousseau fue un filósofo viajero, un naturalista de a pie aficionado a las plantas. Su actividad botánica, tardía y postrera, despertó en las montañas de su Jura natal en el verano de 1764 y concluyó al cabo de catorce años en el bosque de Ermenonville. Según confesión propia, el estudio de la botánica nació en él como el divertimento inocente de un "escolar sexagenario" y acabó convertida en necesidad y verdadera pasión. La música y la botánica, la espineta y la flor, desplazaron a los libros y las polémicas de sus años anteriores, y se instalaron en el corazón de Jean-Jacques como sus dos aficiones de solitario. Entre ambas aficiones Rousseau mostró, no obstante, una predilección no disimulada por la botánica, de la que adquirió muy pronto los principios fundamentales, y sobre la que escribió dos pequeñas obras publicadas póstumamente por sus legatarios intelectuales: las *Cartas sobre la Botánica*, dirigidas a Madame Delessert para instrucción de su hija Madelon, y *Fragmentos para un Diccionario de términos de uso*

Departamento de Filosofía, Universidad de Valladolid, Valladolid, España.
quindos@fyl.uva.es

en *Botánica* ¹. No fueron éstos, sin embargo, sus únicos escritos botánicos. Su correspondencia naturalista, entre cuyos destinatarios se encontraban La Tourette, Gouan o el propio Linneo, constituye una parte nada despreciable de su correspondencia personal, y en sus obras autobiográficas, principalmente en *Las ensoñaciones*, la botánica y su afición por ella ocupan a menudo un lugar destacado.

Aunque de muy distinta índole, en todos los textos botánicos de Rousseau aparecen con frecuencia consideraciones morales, y es intención de este artículo ofrecer una idea general de tales reflexiones. Con ello se quiere demostrar que la botánica en Rousseau es una forma de convivencia con las producciones naturales y, por tanto el embrión de una filosofía nueva que entiende la belleza como criterio de relevancia moral en nuestro acercamiento a la naturaleza.

II. LA SOCIEDAD DE LOS VEGETALES

Merced a los numerosos contactos de Rousseau con botánicos y editores, y a los regalos ocasionales de admiradores del filósofo, su gabinete de naturalista logró atesorar en poco tiempo los títulos de los autores más representativos de la botánica. Por su correspondencia personal sabemos que dispuso ya en su primer año de dedicación naturalista del *Systema Naturae* y *Species Plantarum*, de Linneo; del *Institutiones rei herbariae*, de Tournefort; del *Botanicon parisiense*, de Vaillant, o del *Methodus foliorum*, de De Sauvages. La correspondencia también nos informa de otros detalles menores que permiten completar la imagen del Rousseau naturalista. Sabemos, por ejemplo, que el “heno y las flores”, las planchas y los herbarios, disputaban su atención con los estudios de nomenclatura y de clasificación vegetal; que su “manera de herborizar [era] errar al azar por el campo ²” deteniéndose en las flores más hermosas; que paseaba con Linneo bajo el brazo, que compró “pinturas para destacar las plantas y flores ³”, y que hubiera deseado viajar como naturalista más allá de las costas europeas. Rousseau, en efecto, expresa este deseo a la duquesa de Portland, quien le ha informado por carta del regreso del botánico Solander de su primera vuelta al mundo en compañía de James Cook. El deseo no podrá cumplirse por culpa de su edad y Rousseau deberá contentarse con practicar una botánica de alrededores. Por su parte, Solander estará obligado a permanecer en Inglaterra durante más tiempo del previsto. Su inmediato viaje a Islandia, del que la duquesa informa a Rousseau, ha sido cancelado ⁴.

En las *Ensoñaciones*, última obra de Rousseau, el filósofo planea aún hacer un herbario con “todas las plantas del mar y de los Alpes y de todos los árboles de las Indias ⁵”, pero ya no como naturalista viajero al estilo de Solander, sino como destinatario de envíos de plantas secas a su residen-

cia de Ermenonville. En el extremo de sus fuerzas, debe estrechar mucho el círculo de sus herborizaciones si quiere hacerlas con algún provecho. Ya no puede pretender “escalar las palmeras de África ni los cedros del Líbano 6”; sus distracciones botánicas serán sólo aquellas que le ofrezcan los alrededores en el curso de sus paseos diarios. Con todo, su situación será siempre preferible a la de Solander. Rousseau tiene su límite en sus propias fuerzas, y Solander parece tener el suyo en “el progreso de la envidia y de los celos 7”. El filósofo de Ginebra entiende la situación del naturalista sueco. No en vano, también él ha sufrido en el pasado la ingratitud de los hombres; de ahí precisamente su gusto y dedicación por las plantas. Rousseau, en efecto, quiere dejar de ser hombre para ser uno más en la “sociedad de los vegetales”; quiere ser, como las flores, elemento de una naturaleza privada de voluntad. En *La transparencia y el obstáculo*, Starobinski habla de las “amistades vegetales” de Rousseau, y la expresión parece acertada. En la pobreza ontológica de las plantas encuentra Jean Jacques un ideal de vida. Como ellas, él quiere dejarse existir. Él es un amante del *dolce far niente*, de ese tipo de existencia en cuya parquedad reside precisamente toda su perfección. Por otro lado, las flores parecen la expresión vegetal del salvaje imaginado por Rousseau, o ambos al menos provocan en Jean Jacques sentimientos coincidentes: paz, reposo y libertad. La realidad vegetal se toca y se confunde, pues, con la utopía antropológica, pero se aleja y se distingue al mismo tiempo del hombre real. Rousseau expresa la diferencia en este pasaje:

Alguna vez he necesitado arte para conservarme en esta calma preciosa en medio de las agitaciones que sacuden mi vida, para mantener alejadas estas pasiones odiosas que vos no conocéis, que yo apenas conozco más que en los otros, y que no quiero ver aproximarse a mí. Yo quiero, si es posible, que estos tristes recuerdos no vengan a estropear la paz de mi soledad. Quiero olvidar a los hombres y sus injusticias. Quiero conmovirme cada día con las maravillas de aquel que les hizo para ser buenos. *Los vegetales en nuestros bosques y en nuestras montañas son aún tal como salieron originariamente de sus manos*, y es ahí donde hay que estudiar la naturaleza, pues os confieso que no siento el mismo encanto cuando herborizo en un jardín⁸.

La bondad natural del hombre, patrimonio de la naturaleza entera, ha perdido presencia tras la renuncia voluntaria del origen. No ha ocurrido lo mismo con los vegetales, que son todavía “tal como salieron originariamente de sus manos”. La afirmación de Rousseau es, si se quiere, la aceptación de las tesis fijistas por entonces en sensible retroceso, pero no se trata esta vez de la defensa de tal o cual teoría biológica. Jean Jacques habla menos como naturalista que como filósofo y su discurso es propiamente moral, lo que no es óbice para que de ello surja una reflexión que afecta directamente a la tarea del botánico: “en nuestros bosques y en nuestras montañas [...] es ahí donde hay que estudiar la naturaleza”. Los

jardines han salido de las manos del hombre, y “el hombre —dice Rousseau en el *Emilio*— no quiere nada tal como lo ha hecho la naturaleza”⁹.

Las flores de los jardines tienen el defecto de su origen; tienen quizá más brillo y son tal vez más esbeltas, pero les falta el encanto y la frescura de lo salvaje y no son más que un sucedáneo de la naturaleza verdadera¹⁰. En cuanto al jardinero, éste se complace en la creación de flores dobles o producciones monstruosas; falsifica la naturaleza como una consecuencia de su propia falsedad. En la cuarta de las *Cartas sobre la Botánica* se desliza esa acusación moral. Rousseau se refiere en ella a una familia vegetal cuya flor se caracteriza por la presencia de una corola gamopétala dividida en dos labios o belfos. A los miembros que integran esta familia —escribe a Madame Delessert— los botánicos los distinguen con el nombre de “personadas” o “flores en máscara”, y esta denominación —añade a renglón seguido— “conviene bien a la mayoría de la gente que lleva entre nosotros el de personas”¹¹. El comentario expresa esa diferencia creada por el hombre entre lo auténtico y lo falso. El primero de los términos es sinónimo de natural y se predica de la naturaleza; el segundo corresponde al hombre, y se predica tanto de sí mismo como de sus *imitaciones vegetales*. Los jardines son una mascarada de la naturaleza. Como consecuencia de ello, el hombre que tan solo ejercita su ciencia entre las plantas de un jardín no merece para Rousseau el título de botánico. A su juicio, este título sólo es aplicable a aquel que estudia la naturaleza en la naturaleza. El progreso de la historia natural exige, pues, invertir el orden de prioridades: Exige renunciar a la comodidad de los jardines, en los que todas las plantas aparecen ordenadas y a la vista del observador, y resolverse al trabajo de recorrer las montañas y los valles, donde las plantas se reparten caprichosamente y como al azar. Rousseau, en fin, celebra el arrojado de Solander, dispuesto a “afrontar nuevos peligros para extender el inventario de las riquezas del género humano”¹², y coincide en su opinión con la de Bernard de Fontenelle:

La botánica no es una ciencia sedentaria y perezosa que pueda adquirirse en la inmovilidad y en la sombra de un gabinete, como la geometría y la historia, o que, poco más o menos, exija efectuar desplazamientos mínimos como la química, la anatomía o la astronomía. Ella [la botánica] desea que se recorran las montañas y los bosques, que se conquisten roquedales escarpados, que uno se exponga al borde de los precipicios. Los únicos libros que pueden instruirnos a fondo en esta materia han sido desperdigados al azar sobre toda la superficie de la Tierra, y hay que resolverse al peligro y la fatiga de buscarlos y encontrarlos¹³.

III. LA BELLEZA VEGETAL COMO CRITERIO MORAL

Un haz de ideas subjetivas ilumina la tarea botánica de Rousseau. Esta es, en efecto, ciencia de la historia natural, pero también es diario de ensoña-

ciones, terapia improvisada y fuente de consuelo. Algo de personal y de profundamente íntimo lo une a la “sociedad de las plantas”; un conjunto de “ideas accesorias ¹⁴” lo arrastra con encantadora seducción al corazón de los valles y a la espesura de los bosques. La soledad herborizadora se impone al anciano Jean Jacques como una necesidad afectiva, y la naturaleza se presenta a su corazón como un refugio de preciosa autenticidad. Excepción hecha de sí mismo y de algunos pocos hombres que combinan ciencia y virtud, lo humano aparece en la naturaleza como una presencia amenazante. De resultas de ello, Rousseau entiende la botánica de campo como una actividad solitaria o de pequeños grupos. Ahora bien, más allá de ese universo subjetivo, cerrado y solitario, Rousseau asume su tarea botánica como un encuentro con la belleza de las flores. El carácter objetivo de la belleza vegetal, innegable para Rousseau, rompe el círculo de la soledad herborizadora y convierte la botánica en una ciencia colectiva y común.

Aprendamos a amar la naturaleza —escribe en un pasaje aislado; aprendamos a estudiarla, a conocerla; aprendamos a admirar las bellezas de las que se ha adornado para nosotros; aprendamos a quedarnos entre ella y nosotros, y a curarnos de la ociosidad, del fastidio y de ser una carga para nosotros mismos y para los otros ¹⁵.

La exhortación de Rousseau se dirige al hombre, y la belleza está en el centro de esa exhortación como el elemento decisivo que justifica la vocación colectiva. El corazón del hombre es sensible a la belleza, pero la belleza de lo vegetal no está entera en lo de que de las plantas se ve a simple vista. El conocimiento y la observación descubren la belleza oculta; la mirada intelectual releva a la mirada estrictamente orgánica en el conocimiento de lo vegetal. La aparición de los instrumentos ópticos en la aproximación a las plantas, así como la de instrumentos más sencillos como un punzón, unas tijeras o unas pinzas delimitan el espacio de frontera entre la mirada de los ojos y la mirada del intelecto, entre la “admiración estúpida y monótona” y el conocimiento informado y objetivo. Desde este punto de vista, la botánica no puede seguir siendo la tarea solitaria de un individuo aislado, sino una actividad social comprometida, destinada a rehabilitar la imagen de la naturaleza y a reconciliar al hombre con su suelo natal.

Rousseau descubrió la belleza oculta del reino vegetal a través de los escritos de Linneo ¹⁶ —autor por el que siempre manifestó su preferencia— y fue esa misma belleza la que le animó a emprender la tarea de enseñar botánica a los hombres y mujeres de su siglo. El *Séptimo paseo* de las *Enseñaciones*, y aún en mayor medida las *Cartas sobre la Botánica* y el *Diccionario*, reúnen ese deseo de apropiación colectiva de la belleza vegetal. Las *Cartas* son un esfuerzo consciente de vulgarización de la botánica.

En ellas la belleza se desgrana en minuciosas descripciones de flores entre las que el lirio, el alhelí o el diente de león aparecen como representantes de las familias vegetales. Rousseau enseña *no* la nomenclatura, sino la flor, exclusión y elección que tienen que ver con su comprensión de la botánica. De ella dice, en efecto, que “no es un simple trabajo de la memoria, sino un estudio de observación y de hechos verdaderamente digno de un naturalista ¹⁷”. El alarde nomenclatural propio de los botánicos del siglo XVIII es criticado por Rousseau sin reservas. Ahora bien, no dice con ello que la nomenclatura carezca de importancia para la botánica; dice, más bien, que la *palabra* no es su objeto, sino su medio.

El análisis de la fructificación o el estudio morfológico de una flor, como la margarita o la boca de dragón, exigen una observación paciente y minuciosa, por lo que la tarea de observar debe ser la tarea principal del botánico; la de nombrar es sólo secundaria y viene después. La observación directa de una planta proporciona al sujeto individual el conocimiento botánico que persigue y el lenguaje convierte ese conocimiento en común a través de la terminología específica. El orden de prioridad es inamovible; orden que importa cumplir y del que resulta para el botánico una experiencia deliciosa en la que el descubrimiento propio y el ajeno proporcionan una mezcla de satisfacción y agrado: “Me parece que uno de los mayores encantos de la botánica es, después de aquel de ver por uno mismo, aquel de verificar lo que han visto los demás: dar mediante el testimonio de mis propios ojos, mi asentimiento a las observaciones finas y justas de un autor ¹⁸”. El lenguaje permite comunicar el descubrimiento, pero la confirmación del mismo exige repetir la experiencia del autor por parte del lector, es decir, observar aquello aún inobservado para expresar acto seguido “mi asentimiento” o mi disconformidad. La nomenclatura es el lenguaje de la comunidad botánica; sin ella no hay acuerdo ni progreso ¹⁹, de ahí que Rousseau la integre a su concepto personal de la ciencia. A pesar de ello, el filósofo decidirá excluirla de su labor como maestro por exigencias pedagógicas. La *Tercera carta* sobre la botánica explica la decisión de Rousseau.

Os prevengo de que si queréis tomar libros y seguir la nomenclatura ordinaria, formaréis pocas ideas con muchos nombres, las que tengáis se mezclarán, no seguiréis bien ni mi marcha ni la de los otros, y no tendréis a lo sumo más que un conocimiento de palabras. Querida prima ²⁰, estoy deseoso de ser vuestra única guía en esta partida. Cuando sea el momento, os indicaré los libros que podéis consultar. Mientras tanto, tened la paciencia de no leer sino en éste, de la naturaleza, y de ateneros a mis cartas ²¹.

Por su dificultad en ser memorizada, y por el tiempo que exige aprenderla, la nomenclatura debe quedar excluida en la educación botánica del neófito. Aprender la nomenclatura sin conocer las plantas es tiempo perdido.

Adquirir un “conocimiento de palabras” e ignorar la naturaleza es renunciar a la parte más amable de la ciencia, y “para estudiar útil y agradablemente la naturaleza —escribe Rousseau— hay que tener sus producciones ante la vista ²²”. Pero hay algo más aún que exige relegar la nomenclatura a un segundo plano. La fórmula binomial de Linneo integra el género y la diferencia específica e introduce, en consecuencia, un principio de clasificación que exige algún conocimiento previo de taxonomía y una idea general de las familias vegetales. Madame Delessert, su alumna, que no ha completado este conocimiento previo, no puede entender la razón en virtud de la cual el cólquico recibe el nombre de *Colchum autemnale*, o el lirio común el de *Lilium candidum*. La decisión de Rousseau, de apartar la nomenclatura del estudio propedéutico de la botánica, no es arbitraria; más bien al contrario, está dictada por la aplicación más elemental del sentido común: “No se tratará tan pronto de géneros y de especies —se lee en la sexta carta sobre las compuestas— y una vez más, no es una nomenclatura de loros lo que se trata de adquirir, sino una ciencia real, y una de las ciencias más amables que es posible cultivar ²³”.

A juicio de Rousseau, la botánica no debe estudiarse en los libros, ya que éstos tan solo nos ofrecen una *imagen* desvaída de la planta. La asociación de la palabra y del dibujo facilita sin duda la labor del botánico y favorece, además, la comunicación de la comunidad científica, pero las descripciones que se encuentran en los libros son a menudo imperfectas y oscuras, y las planchas carentes del brillo y de la gracia que da la vida, de lo que la botánica se resiente inevitablemente. Como los libros, los herbarios tienen también su defecto. Si en aquéllos la planta se disuelve en una copia verbal, estática y pobre, en éstos se transforma en una realidad mineral insensible al paso de las estaciones, indiferente a la lluvia, a la luz del sol y a la tierra misma en la que vegetó y dio fruto. A pesar de ello, el herbario ocupa en la afición botánica de Rousseau un lugar privilegiado por dos razones: En primer lugar, porque en él encuentra una forma de expresión de su vocación artesana; y en segundo, porque la belleza del herbario, que el botánico toma prestada de la propia naturaleza, actúa eficazmente como medio de popularización de la ciencia. En una carta a la duquesa de Portland, Rousseau escribe a este respecto:

He pensado —escribe en París en la primavera de 1772— que pequeños herbarios bien elegidos y hechos con cuidado, podrían favorecer el gusto por la botánica, y voy a trabajar este verano para que las colecciones se encuentren en estado de ser distribuidas el año próximo ²⁴.

El libro permite compartir los conocimientos; el herbario los hace deseables. Ninguno de los dos logra, sin embargo, remplazar la naturaleza, ya que la naturaleza es ella misma irremplazable. De ahí —como ya se ha

visto— su negativa a estudiar botánica en los jardines y en los invernaderos, pues en ellos la naturaleza no se expresa más que imperfecta y torpemente. Entre el jardín a la francesa y el jardín a la inglesa, Rousseau tiene en este último su preferido, pero hay en ambos una presencia demasiado humana que da lugar a flores *dobles* y *llenas* y a diversas producciones de las que la naturaleza rehuye ²⁵. Los *monstruos* que se admiran en los *parterres* de las mansiones palaciegas no pertenecen, para Rousseau, a la naturaleza, cuyas producciones son de belleza más sencilla y cuyo diseño pertenece al “obrero que fabricó el vestido de la madre común ²⁶”. Por otra parte, para Jean Jacques los jardineros son empleados puestos al servicio de una clase social que no acepta la naturaleza como ella es, y los botánicos que acuden sistemáticamente a los jardines, científicos que confunden su objeto por un asunto doble de comodidad y de prestigio. En cuanto a los invernaderos, su defecto es que la naturaleza está en ellos transplantada, y sus producciones sufren transformaciones que abortan la posibilidad de un estudio serio de resultados fiables ²⁷. Por añadidura, el naturalista renuncia en ellos al paseo herborizador y al descubrimiento casual, elementos que Rousseau considera indisociables en la tarea del verdadero botánico. “Los prados esmaltados de flores son el único laboratorio del botánico —escribe en un fragmento. El paseo es su único trabajo. Él lleva fácilmente todos sus útiles en el bolsillo ²⁸”.

Las afirmaciones de Rousseau tienen el valor de queja y de reivindicación: De queja, porque a través de ella censura las rutinas botánicas de sus contemporáneos naturalistas; y de reivindicación, porque pretende con ellas devolver al hombre a la naturaleza y rescatar a ésta del olvido estético y moral. No en vano Dios es, para Rousseau, el autor de este “brillante ornato ²⁹”, y tal derroche de colores y de aromas, de formas y de proporciones exige ser amado y respetado. El libro, el dibujo, el herbario, el jardín y el invernadero son realidades secundarias de belleza imperfecta. Obras de la creatividad humana no pueden competir con la perfección divina, ni reunir en ellas la belleza inagotable, perpetua y salvaje de la naturaleza creada por Dios. Al igual que Linneo, Rousseau adscribe al quehacer naturalista una función religiosa, pero hay una diferencia de matiz que conviene precisar: Linneo entiende la historia natural como la ciencia destinada a revelar el orden creado por Dios y distribuir en unidades taxonómicas las distintas producciones que constituyen su objeto; Rousseau, en cambio, pone la belleza en el lugar del orden, e introduce elementos estéticos y morales en su visión de la historia natural.

Para el filósofo de Ginebra, no hay duda de que la belleza vegetal está puesta ahí por Dios como regalo para los ojos del hombre. Su percepción subjetiva de la naturaleza le impide entender lo bello en términos de eficacia biológica. En su mentalidad fijista no cabe la posibilidad de que los elementos vegetales que fascinan su mirada puedan ser resultado de

un proceso puramente evolutivo o producto esporádico de un principio material³⁰. Con todo, y por más que pueda advertirse en el pensamiento de Rousseau un antropocentrismo ingenuo, su consideración objetiva de la belleza vegetal escapa a esa crítica, y es de esa belleza así entendida de la que nace en el pensamiento botánico de Rousseau el germen de una moral ecológica.

Unas líneas más arriba vimos que Rousseau se opone a la consideración de la botánica como una disciplina teórica puramente memorística. Recurrir a las plantas como un simple medio para ejercitar la memoria no es hacer botánica. En tal caso, la planta deja de ser vista como el verdadero objeto de conocimiento y se convierte en un mero recurso ocasional y reemplazable. Tampoco es del agrado de Rousseau la botánica farmacológica. La razón que aduce esta vez es aproximadamente la misma: Si lo que importa de la planta son sus virtudes medicinales, la planta misma no importa. En la botánica médica o la herboristería Rousseau advierte una tendencia a la propia aniquilación, ya que al transformar la planta en simple, al hacer de ella aquello que *no se ve* que sea, al destruir en fin su objeto, se destruye también ella misma. Una botánica sin planta puede ser todo menos botánica.

El arte de estudiar las plantas por la combinación de los mixtos que componen su sustancia, el arte de determinar en ellas las virtudes medicinales verdaderas o falsas, ora por la experiencia y la investigación siempre imperfecta y equivocada, ora por el análisis químico aún más defectuoso, no tiene nada que ver con la botánica³¹.

Rousseau dará una solución: liberar a la botánica de su servidumbre médica e integrarla en el seno de la historia natural. A primera vista, la solución es simplemente académica, pero en el fondo esconde una reivindicación estética y perfila una nueva moral. Las plantas, las flores, el reino vegetal en su conjunto atesora el valor de la belleza y, para Rousseau, aquel que logra capturar el sentimiento de lo bello empieza con buen pie su tarea botánica. Ahora bien, en contra de lo que podría esperarse, la contemplación estética no obliga a la inactividad, no exige contener el deseo de descubrir la estructura y el funcionamiento de la planta³². Contemplar es, para Rousseau, apropiarse visualmente del objeto y esta apropiación, si se quiere plena, exige arrancar, dividir, anatomizar, traer a los ojos lo que los ojos no logran ver a simple vista. “Yo contemplaré, recolectaré, arrancaré, dividiré y anatomizaré, puede ser, pero no llegaré hasta el punto de ser la mano estúpida y brutal que apile y desmenuce las frágiles bellezas que admiro³³”. Rousseau quiere que sus ojos “se recreen, que las observen, que las agoten, que se sacien de ellas si es posible³⁴”.

En este sentido, el atractivo de la botánica no es más que un préstamo de la belleza de su objeto. Ahora bien, para que la contemplación sea

respetuosa con el objeto, la contemplación debe ser pura y desinteresada, y es esta la característica que distingue al botánico del farmacéutico. Rousseau no se opone a la ciencia que prescribe el uso y las virtudes medicinales de las plantas, pero se niega a aceptar que la botánica tenga algo que ver con esta ciencia: “Soy el botánico que describe la planta —dice Rousseau de sí mismo; al médico corresponde regular su uso”. La naturaleza es para el médico lugar de paso obligado en el logro de sus fines. Para el botánico, en cambio, la naturaleza es su meta deseada, el fin primero y último de su propia actividad. El botánico, en fin, es consciente de que las producciones vegetales atesoran un valor propio y genuino, e impone a su conducta, respecto de ese valor cierto tipo de restricciones. Es así como la belleza se convierte en criterio moral.

IV. CONCLUSIÓN

Rousseau esboza una moral del medio ambiente en su aproximación a la botánica. Mezcla de motivaciones estéticas, gnoseológicas y religiosas, su obra de naturalista incorpora la naturaleza en el discurso moral, a la que considera en virtud de su belleza como un objeto de respeto y de admiración. Su oposición a las rutinas botánicas de su tiempo, a la “botánica de gabinete y de jardín”, no es tanto expresión de un desacuerdo científico como expresión de un ideal moral.

- * Este trabajo ha sido financiado por la Secretaría de Estado de Universidades e Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia de España a través del programa de becas postdoctorales para la formación de jóvenes doctores. Deseo expresar mi agradecimiento a Robert Thiéry, conservador del Museo Jean-Jacques Rousseau de Montmorency, y a su asistente Catherine Russac, a quien debo las recomendaciones bibliográficas de que me he servido para la elaboración de este artículo. Mi agradecimiento también a Sylvain Menant por sus sabios consejos y a Tanguy l'Aminot por haberme permitido presentar mis ideas en los seminarios de l'Équipe Rousseau.
- 1 La primera edición de estas obras apareció en 1782, en el tomo XIV de *Collection complète des Œuvres de Jean Jacques Rousseau*, preparada por Moultoy y Du Peyrou. Su repercusión fue inmediata en Francia e Inglaterra. Thomas Martyn, profesor de la Universidad de Cambridge, tradujo al inglés las *Cartas sobre la botánica* con el título *Letters on the Elements of Botany, Addressed to a Lady, With Notes and Twenty-Four Additional Letters* (London, 1785). En España, los textos botánicos de Rousseau han pasado prácticamente inadvertidos hasta nuestros días. Las *Cartas elementales sobre botánica* (en adelante: *Cartas elementales*) conocieron por fin su primera traducción al español en mayo de 2005 en la editorial Abada. Próximamente aparecerá en KRK (Oviedo) mi traducción, con estudio preliminar y notas científicas, de las *Cartas elementales*, así como de *Fragmentos para un diccionario de términos de uso en botánica* (en adelante: *Diccionario de botánica*) y de «Fragmentos de botánica», con el título general de Jean Jacques Rousseau, *Cartas sobre botánica*.
 - 2 *Correspondencia completa de J.-J. Rousseau* (en adelante CC), XXXVII, p. 154.
 - 3 CC, XXIV, p. 126.
 - 4 Daniel Solander embarcó finalmente en 1772 rumbo a Islandia en el buque de la Marina Real Británica, *Sir Lawrence*, sólo un año más tarde de culminar su viaje alrededor del mundo. Le acompañó en esta nueva aventura el naturalista Joseph Banks, quien había participado igualmente en la primera expedición de James Cook (1768-1781).
 - 5 *Rêveries*, en *Obras Completas*, vol. I (en adelante, OC, vol. I, 1959; vol. IV, 1969), p. 1061.
 - 6 CC, XXXI, p. 40.
 - 7 CC, XXXIX, p. 52.
 - 8 CC, XXXII, p. 135 (subrayado nuestro).
 - 9 *Emile*, OC, IV, p. 245.
 - 10 Rousseau reniega también de los jardines por razones más pueriles. En CC, XXXVI, p. 4 se lee: "Las riquezas exóticas de este jardín [el jardín de la Escuela Veterinaria de Lyon] me abruma, me turban por su multitud, y a fuerza de ver a la vez demasiadas cosas, no distingo ni retengo nada en absoluto. Espero encontrarme un poco más a gusto en las montañas".
 - 11 *Lettres sur la botanique*, OC, IV, p. 1167.
 - 12 CC, XXXIX, p. 18.
 - 13 B. de Fontenelle, *Éloge de M. de Tournefort (par M. de Fontenelle, secrétaire perpétuel de l'Académie royale des sciences et l'un des quarante de l'Académie françoise)*, París, 1708, p. 12.
 - 14 *Rêveries*, OC, I, p. 1073
 - 15 *Fragments de botanique*, OC, IV, p. 1251.
 - 16 Sobre este asunto, véase la obra de P. Duris, *Linné et la France (1780-1850)*, Ginebra, Droz (1993). Duris afirma que Linneo convirtió la botánica en una "ciencia de las flores". De Rousseau podría decirse otro tanto. En las *Cartas sobre la botánica* las flores se suceden unas a otras como modelos de las familias vegetales. En el *Diccionario de botánica* el término «flor» da lugar, con diferencia, al artículo más extenso y original.
 - 17 *Lettres sur la botanique*, OC, IV, pp. 1154-1155.

18 CC, XXXIX, p. 37.

19 Para este asunto, consúltese el excelente artículo del profesor Jean-Marc Drouin: « Les herborisations d'un philosophe: Rousseau et la botanique savante », en *Rousseau et les sciences*, bajo la dirección de Bernardette Bensaude et Brun Bernardi, l'Harmattan, 2003, pp. 77-92.

20 Se trata de Madame Delessert, amiga de Lyon y destinataria de las ocho *Cartas sobre la Botánica*. "Querida prima" no expresa, pues una, relación de parentesco entre Rousseau y su destinataria.

21 *Lettres sur la botanique*, OC, IV, p. 1161.

22 CC, XXXIX, pp. 192-193.

23 *Lettres sur la botanique*, OC, IV, p. 1179.

24 CC, XXXIX, p. 42.

25 Cf. *Rêveries*, OC, I, p. 1071. Al igual que el primer Linneo, Rousseau adopta como cierto el principio fijista de las especies. Este principio no niega la posibilidad de que las especies sufran modificaciones, pero no admite la aparición de nuevas especies y reserva el apelativo de *monstruos* a los individuos sin capacidad reproductiva. Obsta decir que este principio es de tradición judeo-cristiana.

26 *Fragments de botanique*, OC, IV, p. 1254.

27 Cf. CC, XL, p. 77: "Me he deshecho de todos los libros de botánica, he abandonado su agradable entretenimiento, vuelto demasiado agotador a mi edad. No tengo una pulgada de tierra para poner perejil o claveles, con mayor razón plantas de África, y en mi momento de mayor pasión por la botánica, contento con el heno que encontraba a mi paso, jamás sentí gusto por las plantas extranjeras, que no se encuentran entre nosotros sino en exilio y desnaturalizadas en los jardines de los curiosos".

28 *Ibidem*, p. 1250.

29 *Ibidem*, p. 1254.

30 Es evidente que la aceptación del evolucionismo modificó algunos conceptos filosóficos. El concepto de belleza fue uno de ellos. El naturalista inglés Henry Walter Bates, en *El naturalista por el Amazonas*, Barcelona, Laertes, vol. I, p. 68, introduce este comentario acerca de la belleza: "Me parece un concepto pueril que la belleza de los pájaros, los insectos y otras criaturas tenga que haber sido creada para agradar el ojo humano. Un poco de observación y reflexión bastan para demostrar que no puede ser así; ¿por qué entonces estaría un sexo ricamente ornamentado, mientras el otro va ataviado con grises y pardos sin lustre? Sin el menor lugar a dudas el plumaje multicolor y el canto sonoro, y en suma todas las dotaciones de las especies, les son dadas para su propio placer y provecho".

31 *Fragments de botanique*, OC, IV, p. 1249.

32 Sobre el concepto de belleza vegetal en la obra de Rousseau, véase Paul A. Cantor, «The metaphysics of botany: Rousseau and the new criticism of plants», en *Southwest Review*, num. 70, pp. 362-380. También puede consultarse mi artículo «Rousseau y la naturaleza vegetal: una propuesta de moral estética», en *Estudios Filosóficos*, LIII, num. 154, Valladolid, pp. 541-556.

33 *Fragments de botanique*, OC, IV, p. 1254.

34 *Ibidem*.

35 *Ibidem*, p. 1249.

BIBLIOGRAFÍA

- Jean Jacques Rousseau (1959), *Rêveries, Œuvres, t. I, Bibliothèque de la Pléiade, Éditions Gallimard*
- (1969), *Lettres sur la Botanique, Dictionnaire de termes d'usage en Botanique et Fragments de Botanique, t. IV.*
- *Correspondance complète de Jean Jacques Rousseau, 49 vols., edición publicada bajo la dirección de R. A. Leigh, Institut et Musée Voltaire, Genève-Oxford.*

ARTÍCULOS Y LIBROS DE INTERÉS SOBRE
LA ACTIVIDAD BOTÁNICA DE JEAN JACQUES ROUSSEAU

- Baehni, Ch. (1938), «*Les Lettres sur la botanique*, de J.-J. Rousseau», *Aesculape*: 112-119.
- Batlay, H. (1981), «L'herbier, journal de rêveries comme substitut d'une écriture autobiographique chez Rousseau», en *Rousseau et Voltaire en 1978*, Genève, pp. 8-18.
- Calderón Quindós, F. (2004), «Rousseau y la naturaleza vegetal: una propuesta de moral estética», Valladolid, *Estudios Filosóficos* LIII (154): 541-556.
- Calderón Quindós, F., y Marcos Martínez, A. (2006), "El valor pedagógico de las *Cartas sobre la Botánica* de Jean Jacques Rousseau", en *Educación superior y desarrollo sostenible*, Agustín Escolano (ed.), Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 243-262.
- Calderón Quindós, F. (2007), "El aprendizaje de la naturaleza en la obra botánica de Rousseau", en *Cambio educativo y cultura de la sostenibilidad*, Agustín Escolano (ed.), Valencia, Tirant lo Blanch, 2007, pp. 33-55.
- Cantor, P. A. (1985), «The metaphysics of Botany: Rousseau and the new criticism of plants», *Southwest Review* 70: 362-380.
- Cheyron, H. (1951), «L'amour de la Botanique», *Publications de l'Université de Toulouse* 4: 53-95.
- Cheyron H. (1986), «Ray et Sauvages annotés par Jean Jacques Rousseau». *Publications de l'Université de Toulouse* 15: 83-98.
- Cook, A. (2004), «Rousseau and the languages of music and botany», en *Musique et langage chez Rousseau*, prefacio de Claude Dauphin. Oxford: Voltaire Foundation, pp. 75-87.
- Cook, A. (2003), «Rousseau et les réseaux d'échange botanique», en *Rousseau et les sciences*, bajo la dirección de Bernardette Bensaude y Brun Bernardi. Paris: l'Harmattan, pp. 93-114.
- Cook, A. (1997), «Rousseau's Spectacle de la Nature' as a counterpoint to the 'Théâtre du monde': A consideration of the *Lettre à d'Alembert* from the standpoint of Rousseau's botanical enterprise», en *Rousseau on Arts and Politics. Autour de la Lettre à d'Alembert*, editado bajo la dirección de Melissa Butler. Ottawa, Canadá, Pensée Libre num. 6.
- Drouin, J. M. (2003), «Les herborisations d'un philosophe: Rousseau et la botanique savante», en *Rousseau et les sciences*, bajo la dirección de Bernardette Bensaude y Brun Bernardi. Paris: l'Harmattan, pp. 77-92.
- Duris, P. (1993), *Linné et la France (1780-1850)*, Genève: Droz.
- Gagnebin, B. (1962), «Rousseau et la botanique», prefacio de *Lettres sur la botanique*, París: Club de Libraires de France.

- Hariot, L. (1893), «Un philosophe de la nature. Jean Jacques Rousseau, ses goûts pour la campagne, l'horticulture et la botanique», en *Mémoires de la Société Académique d'Agriculture des Sciences, Arts, et Belles Lettres du Département de l'Aube*, Troyes, LVIII, vol. 33, 3^{ème} sérié, pp. 317-336.
- Klauser, E.-A. (1970), «Quand Rousseau herborisait avec le Dr. Gagnebin», *Feuille d'avis de Neuchâtel* 22.
- Kobayashi, T. (2003), «Fragments pour un dictionnaire de termes d'usage en Botanique. Processus de rédaction», *Bulletin de l'Association Jean Jacques Rousseau* 62, Bibliothèque publique et universitaire de Neuchâtel, pp. 3-19.
- Kobayashi, T. (2005), «L'Encyclopédie et Rousseau: dimension botanique», *Recherches sur Diderot et sur l'Encyclopédie* 39: 81-103.
- Krief H. (2003), «Rousseau et la 'science' de voyageurs», en *Rousseau et les sciences*, Bernardette Bensaude y Brun Bernardi (eds.), l'Harmattan, Paris, pp. 175-191.
- Magnin-Gonze, J. (2004), *Histoire de la Botanique*, Delachaux et Niestlé, Paris.
- Matthey, F. (1982), «La dernière passion de Jean-Jacques Rousseau», *Revue Neuchâteloise* 100, Neuchâtel.
- Rous, Cl. (1913), «Les herborisations de J.-J. Rousseau à la Grande Chartreuse en 1768 et au Mont Pilat en 1769», *Annales de la société linnéenne de Lyon* 60: 101-120.
- Saint-Amant, P. (1983), «Rousseau contre la science. L'exemple de la botanique dans les textes autobiographiques», *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century* 219: 159-167.
- Sanchís Duato, E. (1993), *Historia de la Botánica*, Valencia.
- Tolila P. (2005), «Rousseau et le matérialisme des fleurs», en *Penser Jean Jacques Rousseau*, Les dossiers de pensée. Le temps des cerises, Paris, pp. 151-171.
- De Vimorin R. (1968), «J.-J. Rousseau et la botanique», *Nouvelle revue française* 16: 746-755 y *uvres complètes* (1969), P. Gallimard/Pléiade, t. 4, p. CXCIV-CCXXIII.